

## Análisis de Textos

Nombre: Francisco Gómez

Curso: 7°C



### El fin de Nekrosmic

Alguna vez hace mucho tiempo, hubo un accidente nuclear en una de las alas de contención de la península de Nekrosmic. Este accidente ocasionó una de las catástrofes más terribles de toda la historia planetaria. La esencia y textura temporal se rompió. Apareció una grieta que generó una gran desestabilidad en toda la península. Edificios evolucionaban y se degradaban a versiones futuras y anteriores. Personas envejecían y rejuvenecían, pero lo más importante, hubo un temblor inmenso, dividiendo la península en 3 secciones. Una, Ayoia, la tierra del pasado. Luego Presentie. El lugar que se mantuvo en presente, y Neotimo. La tierra del futuro. De estas tres tierras, miles de personas de los respectivos tiempos fueron transportados, como refugiados en una tierra de nadie. Alguna vez hubo un hombre que decidió tirarse a la grieta que se formó para volver a su tiempo. Si bien, el hombre murió prontamente, no volvió a su tiempo. Lo que, sí pasó, fue que los temblores constantes cesaron. Ya no había una cantidad alarmante de temblores. Como si la grieta necesitara algún tipo de sacrificio para que la seguridad de los habitantes perdurara. No fue hasta unos años, que sub-facciones nacerían. Entre estas se encontraba la facción Viridia, y el clan de los ladrones. Un hecho que provocaría una gran conmoción, sería el asesinato de todo el clan de ladrones. Solo quedaría un integrante del clan. El hombre, pelirrojo, y afectado por su vida de crimen, que se convertirá prontamente en el próximo rey de Ayoia. Este hombre, era Rexiem, el rey de ciega izquierda. El apodo nacería por su falta de ojo izquierdo, para conmemorar a los integrantes de su viejo clan. Nos transportamos a unos 20 años más tarde. El cazarrecompensas más famoso que hubo en Nekrosmic, Viridio, estaba completando un trabajo. Durante los últimos años, desde que se le arrebató el ojo derecho, los trabajos habían dejado de entrar tanto. Su trabajo implicaba asesinar a los monstruos para que, al ensuciarse las manos por otros, esas otras personas le lavarían las manos. El trabajo que acababa de terminar implicaba matar a un cambia-formas, disfrazado de orco. Viridio salió victorioso. Viridio estaba saliendo en su fiel corcel, de vuelta a su hogar de descanso en Presentie. Estaba a punto de llegar, hasta que recibió una llamada del rey de Neotimo. Viridio respondió la llamada.

“¡Viridio! ¡Mi fiel amigo! ¿Como estás?” Viridio estaba cansado de toda esta estupidez, y le respondió de manera enojona, casi grosera. “¿Qué quiere?” Viridio estaba entrando a su casa, cuando el rey de Neotimo respondió su pregunta. “Verás. En las afueras del bosque que conecta a Presentie con Ayoia, hay un bebé que atenta contra mi reinado. Necesito que vayas y lo mates. Te pagaré lo que necesites”. Viridio pensó. Su credo consistía en que no podía matar a gente de su propia especie, porque se convertiría en un monstruo. Y con eso, su trabajo no tendría ningún sentido. Los monstruos no matan a otros monstruos. ¿Pero, matar a un bebé lo haría un monstruo? No lo sabía. Sin pensarlo más, aceptó el trabajo, y salió para cumplirlo. El camino hacia el bosque fue increíblemente corto, y prontamente arribó al lugar acordado. Era una caseta de madera, escondida entre las hojas, donde unos llantos de un bebé se podían escuchar. Viridio entró y se encontró con una cuna. La cuna estaba tapada, pero los lloriqueos se podían escuchar. Con espada en mano, abrió la cobertura, para encontrar a un bebé, con pelos negros en la cabeza, y con un aspecto que lo separaba de los demás bebés de Ayoia. El bebé era un Orco. “¿Y, Viridio? ¿Ya salvaste mi reinado?” Viridio contempló al bebé. Matar a un bebé de por sí ya sería monstruoso. ¿Pero un bebé Orco? Eso sería lo peor que podría hacer. Sería una ruptura del credo y de su propia ética y respeto. Mientras contemplaba la criatura, recuerdos inundaron su cabeza. Sus padres lo habían abandonado cuando era un bebé. Lo arrojaron a Presentie con las ansias de que viviera una vida mejor. Creció sin padres, y no quería lo mismo para el pequeño Orco. “¡Viridio!

Por favor dime que ya lo mataste.” Viridio se quito su intercomunicador. Agarro el micrófono, y mientras decía las palabras “Me niego”, destruyó la única manera de comunicarse con el hombre que le dio trabajo. Viridio agarró al bebé, lo puso en la cartera de su corcel, y escapó de ahí. Tenía un solo objetivo. La facción Viridia. Abandonaron al bebé, y él los abandonaría a todos. Ningún orco viviría, mientras Viridio viva. Pagarían por abandonarlo a él, y al nuevo bebé que amaba con el mundo.

“Se ha salido de sus casillas” reprochaba el rey de Neotimo hacía sus compañeros reyes. Pero faltaba uno. Rexiem faltaba a la junta. “Aún no puedo creer que no hayamos podido ver la debilidad que cargaba ese orco”. El rey de Ayoia estaba algo decepcionado, pero muy asustado. Él fue el culpable de que se haya ido a la rebeldía. Él le encomendó matar al bebé, y por ello, él sería el siguiente objetivo. El rey de Presentie estaba cansado de la tontería y los rodeos. “¿Dónde está Rexiem? ¿Va a llegar tarde de nuevo?” preguntó el rey de Presentie. Y justamente después de decir estas palabras, como si de una invocación se tratará, apareció el joven pelirrojo. “Aquí estoy” habló Rexiem. “Me tardé tanto porque estuve formando una armada. Una armada que destruirá a Viridio bajo sus cacillas. Amigo de Neotimo, no temas. Él no va a ir primero contigo. Intentará destruir la facción Viridia primero. Matará a todos los orcos para conseguir justicia del niño. Luego irá por ti, pero no llegará ni a la base de la facción. Mi armada lo parará, y si alguien muere, si un solo hombre de mis tropas muere, intervendré. No por mí, sino por mi pueblo. Yo le di la vida que tiene, y, por ende, estoy en toda la potestad de arrebatársela.” Los otros reyes estaban sorprendidos. “Sí es así, yo mandaré algunas de mis mejores tropas. Armas en mano batallarán con tus hombres” enunció el rey de Presentie. “Y yo, tengo algo de la culpa. Mandaré la mayor cantidad de hombres que conformen a mi ejército” dijo el rey de Neotimo. “Bueno, si es así, ¡larga vida a Nekrosmic, corta vida al orco!” gritó Rexiem, saliendo de la habitación. “Bueno, creo que la profecía no era sobre mí”. El rey de Neotimo había dicho una tontería a los ojos de el rey de Presentie. “¿A qué te refieres?”. El rey de Neotimo respondió. “Hace poco escuché una profecía de un orco, que destruiría al rey más importante de Nekrosmic, y creo que tuve a ambos personajes mal. Creo que el orco, era Viridio, y el rey más importante, no era yo”. “¿Entonces quién?” preguntó el rey de Presentie. “Creo que era Rexiem”. El rey de Neotimo temblaba mientras le decía estas palabras a su compañero dentro del cuarto.

Viridio cabalgaba hacia la entrada a Ayoia. Tenía su objetivo en mente, destruir a su facción. Estaba entrando a las puertas de Ayoia, cuando tres guardas armados entraron a la vista. Estos tenían unas lanzas en sus manos, y uno de ellos, una espada. Viridio frenó al caballo y se bajó. “Viridio. Tu eres ahora un enemigo de la realeza. Nos han encomendado frenarte, y eso haremos justamente.” Viridio no parecía sorprendido. Este sacó su espada y su escudo, y empezó a embestir hacia los enemigos. No fue hasta que su espada traspasó a uno de ellos, que se dio cuenta que estos no eran soldados. Eran hologramas. Se volteó para ver que detrás de él, había diez soldados de Ayoia, dos de Presentie, y uno de Neotimo. Los soldados de Ayoia estaban divididos en dos. Cinco tenían arco y flechas, y otros cinco estaban armados con espadas. Los soldados de Presentie tenían pistolas, y el único soldado de Neotimo contaba con una espada, pero hecha de luz, que podría cortar cualquier cosa. “¡Te superamos en números! Ríndete, o sufrirás las consecuencias”. Los soldados estaban atentos a su respuesta. Viridio respondió “Me gustan las probabilidades”. Viridio embistió contra los hombres de los arcos primero. Estos serían el primer problema. De manera audaz y rápida, todos los hombres cayeron. Solo quedaban los de las pistolas, y los de las espadas. Viridio siguió con los de las espadas medievales. Mientras que embestía hacia ellos, bloqueaba las balas con su escudo. Los hombres de las espadas cayeron como moscas y con cada espada que caía, una melodía metálica se formaba. Ahora solo quedaban los hombres con pistolas, y el hombre de la espada de luz. Viridio, con ansias de algo más épico, utilizó una distracción de su arsenal. Viridio lanzó una bomba de gas al suelo y todo el entorno oscureció con nubes de gas. Nadie podía ver nada. Lo único que se podía ver, era la espada de luz, y las lámparas de las pistolas. Uno por uno, todos cayeron. Balas fueron disparadas, mientras

gritos desesperados se alejaban a la distancia. Aunque sin gritos, la luz de la espada salía a la distancia, y cuando las nubes salieron de vista, todo era una masacre. Viridio contó a sus víctimas. Fue de uno en uno. Diez de Ayoia, dos de Presentie, pero faltaba uno. Faltaba el soldado de Neotimo. Cuando Viridio se dio cuenta, un dolor punzante cruzó su hombro. Volteo, y se encontró con el hombre de Neotimo, moribundo, cayendo al piso diciendo "Buena suerte, Manco". Viridio abrió sus ojos, tornados con miedo, cuando vio que su brazo se encontraba en el suelo. Viridio corrió de vuelta a su caballo. Incluso si era lo último que hacía, mataría a todos los orcos. Solo su bebé perduraría. Pero cuando llegó, vio que el bebé no estaba. Solo había un vacío. "Viridio, hijo mío. No entiendo cómo has llegado tan lejos. Mataste a un montón de soldados, solo por un estúpido niño, que no llegará a ser nadie." La voz era muy familiar. Era la voz de Rexiem. Viridio volteó a ver al rey, armado en su armadura dorada característica, y parado con el bebé en mano. "El tiempo corre, Orco." El rey Rexiem había amenazado a Viridio, mientras disparaba a su lado. "Fallaste, estúpido", gritó Viridio. "Escapa corriendo. No apunté a ti. Apunte a tu corcel. ¿Tú crees que quiero que mueras por mis manos? Viridio, te amo como a un hijo. No soy capaz de quitarte la vida". Viridio parecía sorprendido. El rey... ¿lo amaba? "Pero si puedo matar a tu hijo". Rexiem apuntó al bebé con su arma. Viridio no pudo aguantar más. Fue así, que un disparo salió de un arma. La pólvora llenaba la escena. Y cuando el humo cesó, El rey Rexiem, se encontraba con una herida de disparo en el suelo, y el bebé, a su lado parpadeando mientras lloraba, sin herida alguna. Viridio le había disparado a Rexiem.

Rexiem estaba dolido. Pero parecía un loco. Mientras agonizaba en el suelo, este se encontraba riendo. "MUERETE VIRIDIO!" Parecía como si Rexiem estuviese loco. "Yo me encomendé matarte. Eres un monstruo y yo no lo soy. Te maté justamente, y no tengo razón para matarme. El credo no ha sido roto, y tú vas a morir pronto, Rexiem". Rexiem seguía riendo como un lunático "No puede ser. Hijo mío, ¿en serio piensas que los cambia-formas existen? ¿No te has dado cuenta que todos los 'cambia-formas' se disfrazan de orco por una razón en específico?" Viridio pensó. "Claramente se disfrazan de orcos porque somos seres fuertes, y fornidos. Somos la raza superior." Rexiem tuvo un momento de silencio y siguió riendo a carcajadas. "Si son la raza superior, espero que yo los pueda amparar. ¿Si son la raza superior, cómo explicas tu estupidez, hijo mío?" Viridio estaba confundido "No somos estúpidos. El estúpido serás tú por tratar de enfrentarte conmigo." "Ay Viridio. Los cambia-formas no existen. Haz estado asesinando Orcos por años. Al matarme haz roto tu credo. Monstruo no mata a Monstruo. Eres un imbécil, querido hijo. Nos vemos en el infierno." Viridio estaba sorprendido. Quería llorar, pero las lágrimas ya no le salían. "Ya pueden salir, señores" tartamudeó Rexiem en sus últimos alientos. En los arbustos cercanos, miles de soldados salieron. Había soldados de todos los reinos. Viridio no tenía escape, hasta que una luz distante de colores azules empezó a brillar fuertemente. Inmediatamente, el suelo empezó a temblar. "Necesitamos un sacrificio! ¿Quién se ofrece?" gritaban las voces distantes. Fue así, que Viridio tuvo una idea. Si rompió el Credo, lo tenía que enmendar. Tenía que resolver el problema, y el problema que arde a todo el mundo. Las armas de los soldados fueron recargadas, y Viridio se montó rápidamente al caballo del difunto rey, con el bebé en mano. Sería difícil arrear a la yegua con una sola mano, pero lo tenía que hacer por el bien de todo el mundo. Viridio cabalgó con todos los soldados a sus espaldas. Estaba siendo perseguido, pero llegando lentamente al ala de contención nuclear donde había pasado el accidente originalmente. Era aquí donde se encontraba la grieta. Cuando Viridio arribó, dejó al bebe en el caballo, agarró su espada, y esperó a que todos los soldados entraran a la habitación. Viridio vio cómo todos lo rodearon, pero él se tiró a la grieta. Los guardas trataron

de seguirlo, pero los temblores los pararon. El bebé lloraba, y Viridio caía por una especie de corredor, donde ni la gravedad ni la física funcionaban correctamente. Viridio incrustó su espada en lo que parecía una pared, y mientras caía, rasgaba la grieta misma a la mitad. Entre más hacía esto, más le dolía todo. Sentía como si estuviera muriendo lentamente. Pero, entre más se alejaba, más fuerte sonaban los llantos del bebé, hasta que simplemente cesaron. Viridio esperaba lo peor. La muerte de aquel por quien arruinó su reputación. Pero persistió. Él también debía morir. Entre más rasgaba, peor se sentía. Pero no fue hasta que volvió a la entrada de la grieta, que se dio cuenta que, todo era como una especie de círculo. Viridio vio a los soldados, que estaban con el cadáver del bebé en sus manos. Y fue así que Viridio se salió de control. Se abalanzó hacia los guardas a matarlos a todos, pero la grieta cerró. Todo había enmendado hasta que Viridio se empezó a sentir mal. Fue succionado a una especie de esfera magnética donde estaba la grieta antes. El punto aumentó su magnetismo cuando Viridio se fusionó con la nada. Una bola se empezó a formar, y muchas personas fueron atraídas hacía la bola. Solo los más ancianos perduraron, puesto que ellos eran refugiados, que no habían nacido en la época de la grieta. Luego siguieron los edificios. Todos fueron atraídos a la esfera, que ahora era casi tan grande como el ala. Y, por último, la tierra se empezó a unir nuevamente. Era como si la península volviera a como era antes. Y fue así, que la esfera implosionó. Todo Nekrosmic fue destruida, pero fue restaurada a como era antes. El tiempo se enmendó. Solo necesitaba que la grieta fuera rasgada. Y entonces, todos los hombres que habían sido arrebatados de su tiempo y familia, volvieron a ellas. Rejuvenecieron, y llegaron al punto donde fueron arrebatados. Y las personas que nacieron en Nekrosmic, perecieron. Estas personas incluían a Rexiem, Viridio, y el bebé. Pero estos tres, ya habían perecido. Este era el fin de Nekrosmic. Pero, el inicio de una nueva vida.